

# Prospectos de un mentiroso

Christian Ramírez Blanco



# Capítulo 1

I

Algunos pasos hace, de esta cálida carretera; cuando la lluvia aún era lluvia y no llanto, si usted me llegase a preguntar: donde estaba o quien era; honestamente no tendría menor idea de que responder, seguramente habría caído en un infinito letargo de dudas y muerte. No me malinterprete por favor, por ser consciente de mi situación actual no debo ser confundido con un hombre ridículo. Al que ahora ellos llaman loco; pues, en mis vanos pasos de calzada, no he encontrado ninguna verdad, ni mucho menos encontrado el "Que", de mi incierta devoción por el predicar. Tampoco debo ser pasado como un insensible; pues, en mi ligero marchar; lloro y vivo y sufro y siento y muero. Pero no por eso soy un inquieto loco; sepa usted que nunca he manchado mis manos con el metal de tan aclamado revolver; no soy un perdido más en las conjeturas del futuro del mundo, después de mi muerte; (pues son nulas). Me encuentro sumido en un barro de ignorancia con respecto a ese concepto de vida. Pero no dejemos que la ambigüedad de estos conflictos nos confunda o peor... nos distraiga.

Nunca evidencí rasgos de inteligencia, ni mucho menos de perspicacia; era una absurda figura en blanco, una cruel viñeta, un nuevo mundo; bajo el cual cualquiera podía escribir. Nunca diseñe mi propio destino, es más, usted amigo, que tan atento escucha mis vacías confesiones alguna vez afectó mi desarrollo. Mis prospectos de existencia fueron definidos por el color gris... color que definía mi crianza estipulada bajo la verdad, una curiosa verdad. Es irónico, después de todo, logre acrecentar mi talento para la mentira. Tanto así, que bajo las hermosas condiciones de la flor y el poeta, yo... habiendo leído el ritornelo "Greiffisiano", logré matar el amor.

Pocos pasos hace, puedo decir con orgullo, que vivía por el amor que ella me tenía; era perfecta. La intensidad con que el naranja de sus ojos direccionaba mi soñar, se confundía con los amables cielos que ofrece esta carretera. ¡Oh! Como olvidarla, si ella misma se convirtió en esperanza; y usted querido amigo debe de hacerse a la idea, de que soy un hombre que no cree en nada, salvo en mis actuales concepciones. Cada paso, cada abrazo; cada recuerdo de su voz de terciopelo, me susurra al oído, como aquella primera vez; Donde sus manos de seda rozaron cada rincón de mi alma, donde tras una noche de llanto y desesperación pude hallar la más pura de las armonías. Los motivos florecen, a la vez que el olvido se niega; y por qué guardarme semejante éxtasis. Atento amigo, ¿mantiene la curiosidad del primer beso?, ¿vive el desvivir que alguna vez sentí por su voz ?, ¿ Recuerda la última vez que una silueta le hizo feliz? -pues ese

recuerdo es ella-

## II

¡Que estúpido soy! ¿Cómo he de hacer para tergiversar un concepto tan sencillo como el solipsismo?; y es ahí... donde surge el mayor inconveniente de mi "balada de tiempo" llamada amor; siempre fui más inteligente que ella, hasta el punto de negar su atisbo existir. Como ya he dicho antes nunca destaque por tan vacío adjetivo. Ella siempre me detesto por aquella cualidad, pero a la vez me amaba; y no atento amigo, no se deje llevar por la soledad de mis prospectos; en ningún momento de mi sempiterno andar, me he encontrado tan tiernamente roto, como para anhelar el amor cual necesidad. Reitero que no se distraiga por la ambigüedad de estos conflictos.

Ya le he presentado el amor, solo falta la indiscernible descripción de su deceso. Espero se halla enamorado de ella tan rápido como lo he hecho yo, y... ¿cómo no enamorarse de tan bella mujer?, si aquella mirada reflejaba el más tierno de los atardeceres, si tal figura era la espléndida reencarnación de un ángel, si aquel prospecto era digno del "mundo inteligible"; disculpará usted querido amigo, la inutilidad de esta elocuencia; pero, es imposible, no definir a mi inocente víctima, antes de relatar su trágico porvenir.

Estos viejos bolsillos cargan una carta impregnada de pasión, de vehemencia, de dulce locura... de rojo. No piense que soy un enfermo de sentimiento o de conducta. Más si le soy honesto; aún conservo los pocos pasos hace, donde la escribí.

Mis muñecas sentían dolor con cada letra, pues, estas mismas, habían sido cortadas para rescatar la sensibilidad que por unos minutos creí perdida; lloraba y el mundo era azul... no gris, nadie escuchaba mis afligidos gemidos hacía la vida, me torturaba cada ruido blanco del ambiente; la carta era clara y precisa. La idea principal se arrodillaba a mi amada y entre cada beso y cada caricia le rogaba que muriera; me veía incapaz de acabar con la vida de ella, mi mundo era demasiado confuso, el asesinarla se veía como un acto tan simple, tan sucio... solo me traería más problemas. Ella era perfecta, nada podía afectar su curso de vida; por ello me sentía tranquilo. Si su vida llegase a un fin, fue por un consenso entre sus pensamientos, y no por mis egoístas suplicas.

Las horas pasaron, dormí tranquilo. En mis sueños anhelaba su respuesta, soñé fuerte, soñé muy fuerte; quizás no fue un sueño, quizás fue un estado de opresión a la vida, quizás cambie el destino. Al despertar de mis apáticas reflexiones; las muñecas me sangraban más que nunca -no era buena señal- entre aquel tétrico charco de sangre, veía reflejado mi último deseo. Me sentía débil, pero inspirado. Limpie rápidamente, la ansiedad mataba cada minuto, y al mismo tiempo, el cadáver de este se burlaba de

mí y no entendía por qué, pero pronto lo supe; yo pude matar el amor.

## Capítulo 2

### III

Frente a mis ojos su cadáver se tornaba en existencia, lo había hecho; había matado el amor. Ignoré mis idílicas heridas y corrí hacia ella, aún era cálida. Sus fervientes ojos se introducían en cada rincón de mi alma, la suave tez de su linaje traspiraba muerte; no la podía recuperar. El destino me obligaba a olvidar mis noches de ritornelo y vida; y... ¿Cómo no ser juzgado cual asesino? Sí yo alenté su salto, sí yo me postré de rodillas a rogarle que muriese.

¡Oh! Atento amigo, sacrifiqué mis maravilladas noches en vela, donde el único aliento de la negrura, era el suave cantar de sus labios; acabe con los jardines donde reiteradamente, la tranquilidad del tacto me llevaba a la felicidad; finalice todo intento de luz, donde sus finos besos me volvían a la juventud. Soy un tonto, un tonto, muy tonto. Y no piense que el origen de mi "tontedad" tiene lugar en mi cruel delito; pues le aclaro que no es así, soy todo lo que dije anteriormente... y más; por la simple naturaleza de mi inútil autoengaño. No sea terco atento amigo; ya le he dicho que no soy ningún insensible y mucho menos un desentendido de las emociones; no soy poseedor de tan absurdos problemas.

No logré engañar mi encolerizado prospecto de inteligencia; pues, creí, que por alentar al intermitente óbito de mi amada; podría deshacerme de tan hermoso sentimiento, sin ser condenado al peso de la culpa. ¡Oh! como he fallado atento amigo; como he fallado...

Retornando a mis vacías confesiones, debo de aclarar que ninguno de mis estipulados pensamientos fue sujeto al análisis; todos presenciaron la belleza del nacer, justo en el momento que recosté mi cabeza en el inerte hombro de mi amada. Su inocente rostro, apaciguaba mi volátil sufrir; pero, sus últimos momentos de armonía fueron inútiles, pues, vera usted atento amigo que sucumbí al llanto, lloré y lloré y lloré y lloré mucho, tanto así que la lluvia se convirtió en llanto; y aún después de mis pocos pasos hace, en esta carretera, sigo sin poder diferenciar uno del otro. Pero, no se deje distraer por la ambigüedad de mis posibles conflictos, atento amigo.

He dicho que lloré, pero ahí no finaliza aquel asunto, pues la culpa; si la culpa, me obliga a invitar a usted amigo al llanto. Y por favor... llore junto a mí o conmigo, pero llore. Y... ¿cómo no llorar? -si... desperdiciamos la belleza de aquel último beso por no valorarle, por lo que era; si... no dejamos que aquel abrazo de invierno durara hasta el otoño; si... derrochamos la felicidad del último contacto con sus suaves manos; si... apuñalamos la calidez de sus acciones, por las palabras que nunca debimos decir; si... arrancamos la pulcritud de su paciencia, debido a la

acción que nos persigue cada día, pues nunca debimos de procederla-. No vale la pena caer en semejante espiral de sempiternos arrepentimientos, ni mucho menos caer en la mentira; pues es desgastante el mantenerla. Usted atento amigo debe ser consciente de que alguna vez hirió al amor.

#### IV

He perdido toda noción cercana de tiempo en mi vago andar; pueden ser años de pasos los que llevo, como pueden ser minutos; desconozco el transcurrir de mi infame delito. Soy un caminante más; no poseo definiciones de futuros inciertos y... haciendo uso del mayor de mis prospectos, none interesan. El posible lenguaje establecido de mi futuro; ha muerto junto a las condiciones del amor.

En mi vacío presente, he encontrado la más pura de mis hesitaciones, sabrá usted atento amigo, que me encuentro dividido entre las condiciones establecidas del actuar. No es un tema complejo, ni mucho menos elaborado; pues, este mismo, se abre a la vida, desde el origen de mis acciones futuras. He extraviado toda motivación en mi existencia, podría el miedo convertirse en el inicio de mis modos, como también podría ser el valor; la duda invade cada rincón de mi mente, ¿cómo hallar el nuevo guía de mi comportamiento?, si el prospecto más puro de mis decisiones ha sido cruelmente asesinado por la injusticia de mi desengaño. ¡Oh! que absurdo debe ser vivir con esta clase de dubitaciones; y que absurdo debe ser vivir las sin saber el origen de las mismas, pero conociendo a su creador. Pido disculpas atento amigo, por la confusión de mis enunciados, pero ya he dicho antes las condiciones de vida que llevo; desde que mate el amor.

Aún no soy un alma perdida de la guerra, entre las condiciones de mi andar. Pues, en mi extraño existir y por inquietante que suene; poseo las respuestas a las preguntas entabladas en su primer complejo de atención, a mi vil delito.

Puede que desconozca la causalidad del benevolente porvenir, pero soy consciente del reparo al cual me exhibo. ¿Quién eres?: un caminante sin futuro, sin una meta exacta; una persona cuya condición de deseo, es nula; no malinterprete mis actuales condiciones "del vivir" atento amigo. Por tanto, sería erróneo, pensar que me encuentro muerto en vida; pues, la culpa y el desacato de mi cruel delito, reafirman las condiciones de caminante que tengo.

¿Dónde estás?: en una cálida carretera sin fin, donde la lluvia no se diferencia del llanto, donde cargo las sempiternas cadenas del pasado, que me recuerdan el porqué de mi actual emplazamiento. Cada paso me persuade del suicidio, pues debo encontrar un destino a mi cruel caminata,

para poder descansar. No me considere un héroe, por mis aspiraciones al concepto deviaje, (como alguna vez lo planteó Ulises); pues no lo soy; resultaría innecesario relacionarme con tal concepto, pues los héroes no matan el amor.

Muchos pasos hace; encontré la cura a mi doliente estado, y podría decirse que nace de: "la floramarilla de Cortazar". Reitero que no me tome por loco; pues no he encontrado ninguna condición de verdad que logre palpar el sufrimiento de mi pérdida; pero, he encontrado el consejo salvador que todo hombre necesita. Debe de recordar que tampoco soy un ser de enunciados de autoayuda; pues resultaría infructuoso, caer, en semejante vacío de ignorancia. Finalmente le pido escuche mi desventurada conclusión; "Bajo ninguna circunstancia o ubicación nacida en los empozamientos de la inocencia e inmadurez, por más confusa que parezca la interpretación del momento, y por más absurda que se muestre la estética de su existir; intente generar el autoengaño a su inútil sensación, pues esta presenta como ley primordial la inmutabilidad."

Para hacer mi elocuencia ganadora y prevalente en sus términos, atento amigo; Por ninguna razón presente en el desarrollo de su viveza; asesine el amor.

FIN